

Sobre vacunación obligatoria ¹

Discurso pronunciado por el doctor F. Soca en la Cámara de Diputados, al discutirse el Proyecto de Ley referente.

(Continuación)

SESIÓN DEL 20 DE OCTUBRE DE 1910

Señor Presidente—Continúa la discusión general del proyecto de vacunación obligatoria.

Tiene la palabra el señor diputado doctor Soca.

Señor Soca—La objeción más grave y más seria contra los antivacunistas, no es ninguna de las que ya he expuesto antes: es otra, que tiene otro alcance.

Las cifras que apoyan la vacuna, son verdaderamente formidables: se presentan en columnas compactas que vienen de todos los países de la tierra y cuentan la historia de un siglo de experiencia.

Esas cifras, épicas por la fuerza ruda de los hechos acumulados, alaban la vacuna y celebran la gloria de Jenner. Los antivacunistas no pueden negarlas: sus palabras se romperían sobre estos hechos, como el mar sobre las rocas. Pero las atacan de flanco y les niegan su significación verdadera.

Esas cifras, que han nacido con la vacuna, que la han seguido en toda su gigantesca evolución, en las altas y bajas y en todos los incidentes y en todas las oscilaciones parciales de sus diagramas, esas cifras no serían el efecto de la vacuna.

En otros términos: la estadística prueba que la mortalidad por viruela ha disminuido enormemente en el siglo pasado y á partir de la época de Jenner.

Pero, dicen los antivacunistas: «Ese descenso de la mortalidad, que es muy real, no se debe á la vacuna, se debe al progreso de la higiene general».

1. Véase el número 50 de este BOLETÍN.

«Estúdiense, sino, la marcha de las enfermedades infecciosas, y la viruela conjuntamente, en todo el siglo XIX: se verá que marchan en curvas paralelas cuyos infinitos accidentes se superponen hasta la caída final, al fin del siglo XIX y al principio del siglo XX.

«Y entonces se observa que si la mortalidad por viruela disminuye, también disminuye, y paralelamente, la mortalidad por todas las demás enfermedades infecciosas.

«De suerte que no ha de ser la vacuna, preventivo particular, propio ó específico de la viruela, sino una causa más general, que las comprenda á todas, la que explique esa disminución de mortalidad, y esa causa sería la higiene.

«La higiene, en efecto, empieza á mostrarse todavía muy incierta al fin del siglo XVIII. Después crece, avanza, se desenvuelve y penetra en todos los países, en todos los rincones de las ciudades y los campos, y alcanza todo su desarrollo, desarrollo magnífico, maravilloso, al fin del siglo XIX.

«De suerte que la higiene y la mortalidad de las enfermedades infecciosas, marchan en sentido inverso; cuanto más higiene, menos mortalidad por enfermedades infecciosas».

Tal es la doctrina que ha sustentado seriamente Wallace. Los demás han hecho esta observación, pero sin base, sin estudios y sin argumentos dignos de tomarse en cuenta. Wallace ha consagrado, al contrario, estudios profundos á esta cuestión. Bien, pues: nada demuestra mejor que esta afirmación de Wallace, la necesidad de una cultura médica vívida, para intervenir con seriedad en estas cuestiones de la vacuna.

A mí pueden demostrarme, sin duda alguna, que lo que yo he visto con mis ojos, tocado con mis manos y sentido en mi carne, es una ilusión, es una pura fantasía; pero las pruebas han de ser formidables, las cifras colosales, de una limpidez impecable, y presentadas de tal manera y en tal forma que obliguen y fuercen á las más rebeldes convicciones. Al contrario, los que no han visto, los que no han vivido, por decirlo así, la vacuna, se dejan fácilmente deslumbrar por los mirajes de las cifras más ó menos artificiosas.

Es lo que ha pasado á Wallace: ha arreglado las cifras á su manera, obedeciendo á la ilusión interior que llena toda su obra, y esas cifras han servido simplemente á sus lamentables prejuicios.

Yo voy á demostrar, sin salir de sus propias cifras, la eficacia victoriosa, indiscutible de la vacuna. Después, acaso, haré una excursión en documentos de otra clase y de otras naciones, pues que la Inglaterra, á la cual se refiere Wallace, falsea por razones diversas, muy á menudo, manifestamente sus estadísticas.

Voy á leer todo lo que se refiere á números, con permiso de la Cámara:

«Antes de 1800, año en que empieza la vacuna, la viruela no sólo se mantiene á una gran altura, sino que oscila alrededor de esta misma altura.

«Así, en 1760, la viruela da una mortalidad de 3.000 por millón de vidas, y hasta 1800 oscila alrededor de esta cifra, pasándola en muchos casos, yendo más abajo en otros, pero manteniéndose constantemente en lo alto del diagrama. A partir de 1800, la línea se mantiene constantemente, y por todo el siglo, en cifras bajísimas, generalmente por debajo de 1.000 en los primeros cuarenta años del siglo, y en todo el resto hasta 1896, por debajo de esta cifra.

«En los últimos diez años, 1886 á 1896, las cifras son casi nulas. Así las cifras se abren por 3.000, y llegan casi á cero en 1896, es decir, una cifra 2.000 veces inferior en 1896 á la de 1760.

«Las enfermedades infecciosas también han bajado en este período; pero, ¿qué diferencia en la marcha del diagrama y en la caída final! Entre 1760 y 1838, las enfermedades infecciosas comienzan por 4.000, y llegan en 1838 á 2.000, después de haber oscilado constantemente hasta 1800 alrededor de 4.000, y después de 1800, alrededor de 3.000, manteniéndose constantemente sobre los 2.000, es decir, que en 80 años bajan á la mitad.

«Después de 1840, las vemos oscilar constantemente alrededor de 3.000 hasta 1870, y después por encima de 2.000, hasta que en 1896 la cifra es de 2.500».

Resultado: las enfermedades infecciosas han disminuído en la proporción de 4 á 2 1/2, mientras que la viruela ha disminuído en la proporción de 3.000 á 1.

En la viruela el máximo, salvo ciertas epidemias, oscila constantemente alrededor de una cifra seis veces inferior á la del siglo XVIII; y en las demás enfermedades infecciosas oscila alrededor de una cifra casi igual á la del siglo anterior, hasta 1870, y después de este año, alrededor de una cifra vecina de 2.500, para ser en 1896 de 2.500; es decir, los dos tercios de las cifras de 1760.

El tercer diagrama de Wallace da la mortalidad comparada de las enfermedades infecciosas y viruela en Inglaterra y País de Gales, desde 1840 á 1895.

Las enfermedades infecciosas comienzan en 3.000 y acaban sensiblemente en 1.500. Han disminuído en la proporción de 2 á 1.

La viruela comienza en 400 y acaba casi en 0, es decir, que ha disminuído en la proporción de 400 á 1.

Y no se diga que estas cifras son accidentales. Desde hace más de veinte años las cifras no llegan á pasar, sino rarísimas veces, de 100,

y casi siempre se mantienen poco arriba de cero, y en los últimos diez años casi á cero.

En Escocia, á su vez, se ve, en el cuarto diagrama de Wallace, que la mortalidad por sarampión y escarlatina es 1.000 en 1864, ó sea de 2 á 1, y se mantiene en 500 en 1894; en los primeros diez años se mantiene constantemente por encima de 1.000, y en los últimos por encima de 500, disminución de 2 á 1.

La viruela comienza en 1864 por 500, y en 1894 es casi cero: relación de 500 á 1; y no es cifra accidental, porque en los últimos diez años la mortalidad se mantiene casi constantemente cerca de cero.

Hay, evidentemente, en los últimos veinte años, la recrudescencia epidémica de 1871 y 72; pero lo mismo sucede con las otras enfermedades infecciosas, y las recrudescencias epidémicas son en ellas más graves y mucho más numerosas.

En Irlanda, siempre según los diagramas de Wallace, la mortalidad es: 500 en 1864, y 500 en 1894: relación, 1 á 1.

Para la viruela en 1864 es de 100, y en 1894 es 0: relación, 100 á 1.

Resulta, pues, que según las mismas cifras de Wallace, de las cuales, por lo demás, no me hago responsable, hay desde el siglo pasado hasta el presente una disminución en la mortalidad por viruela y en las enfermedades infecciosas, pero la disminución es incomparablemente mayor para la viruela que para las demás enfermedades infecciosas; superior, á veces, en proporciones fantásticas: la viruela casi baja á nada; y las demás enfermedades infecciosas se mantienen en cifras, para algunas, vecinas del siglo pasado.

Ahora bien: ¿el progreso de la higiene general puede ser la causa de este hecho extraordinario?

Si la higiene general fuera la causa, la acción sería la misma, y paralela sobre unas y otras enfermedades infecciosas; y las cifras no presentarían esas monstruosas diferencias en la marcha y la caída final.

La higiene general, el ambiente, los individuos, las costumbres, todo es igual; ¿por qué, pues, el descenso de la mortalidad en las enfermedades infecciosas ha de presentar esa extraordinaria diferencia? Es que debe haber un hecho, una circunstancia especial que favorezca de un modo particular á la viruela; que le sea propia, característica, y por decirlo así, específica; y, ¿cuál puede ser esta causa propia si no la vacuna?

Se ve, pues, que las mismas cifras de Wallace, tan laboriosamente acumuladas, sólo sirven para dar la demostración más rotunda, más incontrastable de la eficacia triunfante de la vacuna como profiláctica de la viruela.

La Inglaterra no es el país más favorable para estas comparaciones.

Es, en efecto, el país de las ligas antivacunistas, de las protestas universales, de la resistencia casi violenta á la vacuna; un país, por lo demás, en que las estadísticas mortuorias son ciertamente defectuosas, y son casi inservibles antes de 1838.

Si tomamos los países en que se vacuna bien, y son al mismo tiempo los países de higiene y estadísticas más perfectas, como Alemania, Suecia y algunas ciudades de Francia, entonces la diferencia en la marcha de las enfermedades infecciosas y la viruela se hace desmesurada, sorprendente; y el famoso argumento de la higiene queda reducido á polvo.

Tomemos la Prusia. Antes de Jenner la viruela era una de las enfermedades más mortíferas, y se absorbía el 12 % de la mortalidad general,—lo que es enorme;—en el día, no absorbe nada, ó casi nada.

Así, desde 1874, época de la vacuna obligatoria, se ve descender la viruela con tal fuerza, que llega en 1905 á ser de 10 en todo el reino, y en el día es de cero. ¡De muchos miles por año que era en el siglo pasado, á cero!

Por el contrario, las demás enfermedades infecciosas siguen dando siempre una mortalidad considerable.

Tomemos algunas cifras al azar, en los últimos veinte años.

El sarampión conserva su mortalidad: en 1875 fué de 7.924; en 1880, de 10.039; en 1885, de 16.042; en 1890, de 10.744; en 1900, de 9.702; una mortalidad sensible, igual en los primeros y en los últimos años.

La escarlatina es de 11.585 en 1875; de 16.484 en 1882; de 18.000 en 1901; de 12.427 en 1903.

La tos convulsa era de 10.455 en 1875, y de 13.327 en 1905.

Se ve que estas enfermedades conservan su mortalidad muy considerable mientras que la viruela, enfermedad de una difusibilidad tanto ó más grande que cualquiera de las otras, se extingue casi por completo.

¿Cómo, pues, sostener que es la higiene la causa de este profundo cambio en la viruela, cuando las mismas medidas sanitarias en el mismo medio, realizadas con el mismo rigor, modifican apenas la marcha de las otras enfermedades infecciosas?

Es evidente, pues, evidente de una evidencia aplastadora, que no es la higiene la causa del abatimiento de la mortalidad por viruela; que á la higiene se suma otra causa mucho más eficaz, mucho más potente y enteramente especial á la viruela; y ¿cuál puede ser esta causa, sino la vacuna?

Así, la objeción más formidable de los antivacunistas, porque

se funda en estudios verdaderamente serios, y no en observaciones vagas como todo el resto del sistema, cae, estrepitosamente; y así han caído, y yo lo espero, así también caerán todas las que se hagan.

Es que un hecho como la vacuna, que expuesto durante todo un siglo á las críticas serenas de los sabios, al escarnio de los charlatanes, al fanatismo de las multitudes, y que ha resistido á todas las violencias, ha sobrevivido á todas las revoluciones en las ideas, á todos los derrumbes de los sistemas; un hecho que después de estos ilustres combates se hace pensamiento en la cabeza de los sabios, y sentimiento en el corazón de la muchedumbre, y aparece todavía en la aurora de este siglo XX, firme, enhiesto, luminoso, magnífico, impasible como las montañas; un hecho así, es verdadero; un hecho así, es definitivo, ó hay que desesperar de toda ciencia humana!...

Y ahora vamos á conversar con el doctor Paullier, conversación embarazosa, desagradable casi. Se trata de una cuestión de medicina, y el doctor Paullier es abogado. Yo no sé siquiera qué tono y qué giro debo dar á mi réplica para que no parezca una agresión poco generosa. Además, ésta no es una cuestión parlamentaria.

Los gobiernos y los parlamentos, deben pedir las bases de las leyes higiénicas á sus consejos, á sus cónclaves científicos; deben votarlas ó rechazarlas, pero nunca discutir las, porque no tienen calidad ni preparación, y es en realidad lo que se ha hecho siempre, lo que se ha hecho en todos los países serios del mundo.

En Inglaterra, en 1857, se votó la ley de vacunación obligatoria, por un informe luminoso, por otra parte, del doctor Simón.

En 1897, cuando se discutió la excepción de conciencia obtenida por una verdadera sorpresa,—porque no era ese realmente el sentimiento de la Cámara,—obtenida por una hábil maniobra parlamentaria, se pronunciaron por los partidarios de la excepción de conciencia—y para producir obstrucción—veintitrés discursos seguidos sobre el asunto.

Pues bien: en ninguno de esos discursos se dijo una sola palabra contra la vacuna. Y es porque aquéllos hombres comprendían perfectamente que estaban fuera de su rol; que si hablaban de la cuestión científica, violaban el principio fundamental de las sociedades modernas, el principio de la división del trabajo, y casi ofendían á la natural euritmia y seriedad de su raza.

En Francia fué votada la vacunación obligatoria en dos ó tres artículos incorporados á una ley sanitaria general. En Italia sucedió exactamente lo mismo. Nosotros hacemos excepción, y yo lo lamento!

Lo que puede consolarme de este desagrado, es la calidad del adversario que me ha cabido en suerte.

Conocí, hace veinte años, al doctor Paullier, y desde el primer momento me apercibí de que tenía una sensibilidad tan exquisita como sana y fuerte.

Después, lo he visto mezclado en todas nuestras controversias religiosas.

Iba á todos los clubs, se mezclaba en todas las discusiones más agrias y más violentas.

No había allí más que golpes que recibir y enemigos arteros que concitarse; pero el doctor Paullier iba siempre adelante, y no escatimaba su palabra cuando había que hablar en favor de la libertad y contra todas las sombras y todos los fanatismos.—(¡Muy bien!).

Este desprecio de los intereses personales, esta religión de la verdad, este amor á las cosas del espíritu y de la inteligencia, esta idealidad superior, es, sin duda, uno de los mayores títulos de un hombre y de un ciudadano.

Pero declaro que por eso siento verlo mezclado á esta cuestión que lo desborda por todas partes.

Es una cuestión eminentemente científica, eminentemente médica, profundamente médica, y el doctor Paullier es un abogado.

Ya he dicho antes que no se puede comprender la vacuna sin saber sólidamente la anatomía, la fisiología, la patología, la higiene; que se puede tener sobre este punto una cultura superficial; pero que al primer intento de traducirla en doctrina ó en discursos, la fragilidad y los vacíos insalvables aparecen.

Es verdad que el doctor Paullier se coloca en un terreno relativamente sólido. El dice:

«Yo soy un ignorante; yo no sé nada de la vacuna; yo no quiero discutir la vacuna; y vengo solamente á traer aquí á la Cámara testimonios contrarios á esta doctrina, para que se sepa que en la ciencia hay disidencias; que no todos están de acuerdo con la doctrina vacunista».

Muy bien; pero esos testimonios que trae á la Cámara, son testimonios médicos. Para apreciarlos, se precisa ser médico. ¿O todos los testimonios son iguales?

¿Es que un testigo falso de profesión vale lo mismo que un hombre que por nada haría traición á la verdad?... y aunque le concediéramos á todos la más perfecta honestidad, ¿un imbécil vale tanto como un hombre de talento?

Los testimonios, pues, son todos de un valor muy distinto; son todos testimonios médicos; y para traerlos á esta Cámara se precisa ser médico.

El doctor Paullier dirá: « pero es un doctor en medicina ». Esto demuestra un completo desconocimiento de estas cuestiones.

El título de doctor en medicina no es un título científico; es un título profesional que autoriza para sanar ó matar; pero no se cotiza en la ciencia; los sabios no le acuerdan ningún valor, ninguna autoridad, ningún respeto.

Y entonces ¿cuáles son los títulos?... Los títulos resultan de la obra personal del médico, resultan de lo que él añade por su trabajo propio al patrimonio intelectual del hombre, á las riquezas de la ciencia, y no en trabajos de segunda mano, sino en hechos positivos, en hechos nuevos, en contribuciones reales al progreso de la medicina.

Esas contribuciones y esos trabajos se traducen en seguida por títulos, y son esos títulos los que nos dicen, á veces claramente, si el hombre es digno de fe ó si, al contrario, debe oponerse una duda prudente á todas sus afirmaciones.

¿Cuáles son, pues, estos títulos, y cómo se obtienen en el mundo de la ciencia?... Voy á decírselo al doctor Paullier.

Supongamos que estemos en Francia,—que es donde yo personalmente conozco mejor el valor exacto de los títulos.

El hombre que vale, comienza, si quiere seguir la enseñanza, por el clinicato.

Llega luego á ser médico de los hospitales; más tarde, profesor agregado, profesor efectivo, miembro de la Academia de Medicina, miembro de la Academia de Ciencias, y así se completan los honores que puede alcanzar un médico que quiere consagrarse á la enseñanza.

Hay otras carreras, hay otras direcciones; puede llegar á ser profesor en el Museum, puede llegar á ser profesor de la Sorbona, y el que se mantenga independiente, el que no entre ni sueñe con la enseñanza, puede todavía crearse muchos títulos haciéndose admitir en las diferentes sociedades: Sociedad de Medicina y Cirugía de París, Sociedad Médica de los Hospitales, Sociedad de Cirugía de los Hospitales, Sociedad de Biología, Sociedad de Pediatría, Sociedad de Neurología, Sociedad de Psiquiatría, Academia de Medicina, Academia de Ciencias.

Obteniendo uno cualquiera de estos títulos, empieza á ser un hombre, á inspirar cierto respeto; pero se necesita ser médico para apreciar el valor, la autoridad que confieren estas diferentes sociedades. Algunos son ínfimos, y sólo dan un poco de oropel, un cierto brillo pálido—si puede así decirse—suficiente para deslumbrar á los burgueses, atraer la clientela; otros, al contrario, consagran á un hombre para toda la vida. Pero, para saber esto, para hacer esta distinción, se precisa ser médico, se precisa haber entrado á fondo en la medicina científica.

Resulta, pues, que el doctor Paullier no puede estar seguro, de ningún modo, del valor de los testimonios que nos ha exhibido en este recinto.

Es verdad que á veces la obra revela al autor,—muy bien; pero la obra es una obra médica; y yo pregunto al doctor Paullier, abogado, cómo es que él juzga de una obra médica.

Desde las primeras palabras, le faltan todos los elementos, y naufraga necesaria y fatalmente.

Bueno. Veamos, estudiemos los testimonios que nos ha traído aquí; veamos cuáles son sus títulos, cuál es la importancia de las obras de que son autores.

El primero que aparece es Bagueira Leal. Títulos ninguno, igual á «cero». Es un médico cualquiera de un regimiento, lo que no implica, de ningún modo, título científico. No es miembro de ninguna sociedad, no es miembro de la Academia de Río, no es miembro de ninguna institución que preste, que confiera verdadero lustre y verdadera autoridad á un hombre de ciencia. Además, me consta: los maestros de Río de Janeiro, los pocos que lo conocen, tienen por él una estimación muy dudosa. Pero, en fin, prescindamos del hombre y vamos á la obra.

La obra es todo un poema. Me cuesta buscarla en mis papeles y voy á decir, poco más ó menos, de memoria lo que contiene.

¿Qué es lo que dice, pues, el señor Bagueira Leal? Dice: «Vacunación es sinónimo de sifilización; vacunación obligatoria es sinónimo de sifilización obligatoria». Y el doctor Paullier añade que estas palabras le han tocado su corazón de padre y no se han borrado jamás de su memoria.

Lo lamento por el doctor Paullier, porque estas palabras no merecen tocar á nadie, sobre todo á un hombre de la cultura y de la ilustración del doctor Paullier: merecen tocar solamente lo que en Histerología llamamos nosotros la «zona de la risa», y la risa homérica, de la risa inextinguible... tampoco eso: es demasiado grotesca la obra, para que inspire risas muy largas.

Y bien, señor Presidente: las palabras de Bagueira Leal son la reunión más pintoresca de disparates, de barbaridades inmensas, que hombre alguno haya podido expresar en menos palabras.

Y voy á probarlo, de una manera irrefutable, inequívoca, brutal.

Hubo un tiempo en que los médicos no admitían que la sífilis pudiera transmitirse por la vacuna; después, se presentaron algunos hechos dudosos que hicieron vacilar un tanto á los maestros. Aparecieron otros hechos, y otros, y otros, y por fin los maestros con su independencia habitual, procediendo con la libertad de espíritu que los caracteriza, haciendo honor á la verdad—como lo han hecho en todos los tiempos—volvieron sobre

sus pasos y admitieron que la sífilis podía realmente transmitirse por la vacuna. Pero, ¿por qué vacuna? Por la vacuna de brazo á brazo únicamente; de ahí que en todas las leyes se haya excluído este modo de vacunación. En cuanto á la vacuna animal, esa, en ningún caso—ni se ha presentado uno solo ni se presentará jamás, porque es imposible—en ningún caso puede transmitir la sífilis; y este no es un principio banal, es un principio de vida, es un principio fundamental, es una de las piedras angulares de la Medicina.

Ahora bien: el señor Bagueira Leal afirma que la vacunación animal es sinónimo de sifilización. Ignora, pues, ese extraño médico uno de los principios más inconcusos, más invariables, más intangibles de la Medicina.

Pero hay más. La sífilis es una enfermedad humana, esencialmente humana, exclusivamente humana. Se observa desde hace quinientos años. Desde Fracastor hasta Fourniers se han constatado en materia de sífilis los mayores horrores: la simple mácula, la pústula, la excrecencia, la costra pequeña, la costra inmundada y formidable que cubre todo un miembro; la úlcera localizada, la úlcera que camina, que avanza destruyendo, royendo siempre, que horada la cara, que se come las narices; el mal atroz, implacable, que entra por todas partes, que gana el hígado, que gana los riñones y que gana el corazón y consume toda las fuentes de la vida; que gana el cerebro y hunde en la sombra para siempre mentes luminosas. Todo se ha observado, todo se ha visto, todo se ha registrado por centenares de años con cuidado, con amor, con conciencia y casi con piedad.

Ahora bien: cuantas veces se ha seguido un accidente de sífilis, hasta su origen, se ha visto, siempre, invariablemente, inevitablemente, que ese accidente (placa, costra ó úlcera) humano, va al hombre ó á la mujer; que la sífilis se contiene toda entera en la especie humana, hecho de una fijeza, de una constancia sorprendente.

Si se parte del mar para seguir un río hasta su origen—se llega sin falta, fatalmente al torrente, á la cascada, á la fuente y á la montaña.

Pues bien: si se toma un accidente de sífilis humana y se le sigue hasta su origen, se encuentra siempre tan invariablemente como se encuentran las fuentes y las montañas en el nacimiento de los ríos,—se encuentra un accidente de sífilis humana.

Ahora bien: si la sífilis es una enfermedad exclusivamente humana, ¿cómo puede decirse esta enfermedad, que la sífilis es transmitida por la vacuna animal?

Peró, hay más, mucho más todavía: la sífilis no se ha consta-

tado nunca en ningún animal; los observadores más sagaces que se han aplicado á este problema lleno de seducciones, que han escudriñado con ansiosa curiosidad, con ardor, con verdadero anhelo de encontrar la verdad y, más aún, de encontrar lo que buscaban, jamás han constatado un accidente de sífilis en ningún animal.

Hay más: los animales son refractarios á la sífilis; aunque se les frote ó se les desuelle, se les pique y se les corte la piel, empapada en virus, éste se les inocule en las venas ó en los tejidos, la rechazan—la destruyen y jamás la cultivan.

Los animales son, pues, enteramente refractarios á la sífilis, mientras que, como se sabe, reciben la mayor parte de las enfermedades infecciosas, y hasta el cáncer se ha podido injertar en sus tejidos.

Han sido necesarios los esfuerzos inauditos de Mechnikoff, para llegar á inocular la sífilis en el animal más cercano al hombre, el macaco, y á algunas otras pequeñas especies; y una sífilis pálida, una sífilis precaria, una sífilis inferior, infinitamente inferior, como gravedad, á la del hombre.

Ahora bien: si la sífilis no existe en los animales, si sólo puede dársele á un animal especial, metiéndosela, inoculándosela después de grandes esfuerzos é inmensos fracasos, ¿cómo puede venir la sífilis de la vacuna animal? ¿cómo vacunación animal puede ser sinónimo de sifilización, y vacunación obligatoria de sifilización obligatoria?

Pero hay más todavía: hay otro hecho que es enteramente fundamental, que es también una de las piedras angulares de la Medicina,—hecho en que todos estamos de acuerdo, vacunistas, antivacunistas, homeópatas, todo el mundo, todo el que ha visto, todo el que ha leído el más mísero libro de Medicina, todo el que tiene la más vaga, la más superficial, la más insignificante noción de ciencia, y ese es que la sífilis vacuna para toda la vida, que la sífilis no se reinocula, que la sífilis no se tiene dos veces, que el que la tiene una vez, será sifilítico para toda la vida: pero otra sífilis no tomará, salvo casos excepcionales y dudosos.

Ahora bien: si vacuna animal es sinónimo de sífilis, si vacuna obligatoria es sinónimo de sífilis obligatoria, todos los vacunados serán completamente refractarios á la sífilis...

Señor Gómez—Lástima grande que no sea verdad tanta belleza.

Señor Soca—Es verdad.

... serían refractarios; pero son tan refractarios, que todos los que vienen á consultarnos, invariablemente, han sido vacunados dos ó tres veces.

No se puede dar una demostración más palmaria y más brutal

del enorme error que entraña la extravagante doctrina de Bagueira Leal.

Y estos hechos, repito, son fundamentales, son hechos de vida son las piedras angulares de la Medicina: ó estos hechos son verdaderos, ó nosotros no sabemos nada de nada: no hemos descubierto la bacteriología, el bacilo de Koch, el suero antidiftérico, el suero antirrábico; no hemos creado la higiene, no hemos creado la profilaxis; somos unos sonámbulos que andamos por el mundo paseando nuestros sueños insanos y nuestros delirios trágicos.

Y si no lo somos nosotros, es el señor Bagueira Leal: elija el doctor Paullier.—(¡Muy bien!)

Ya ve el doctor Paullier que no es fácil terciar en estas intrincadas cuestiones de la Medicina, y que cuando se cree presentar un testigo honorable y fehaciente, se presenta simplemente un testigo falso de la confianza de los antivacunistas, falso por su insinceridad,—lo que en este caso no tengo derecho á suponer.—ó falso por su prodigiosa ignorancia ó su prodigioso olvido de los hechos más fundamentales de la ciencia que cultiva.

Yo creo que después de estas demostraciones no quedará duda en el espíritu de la Cámara de la autoridad del señor Bagueira Leal y del valor de sus extraordinarias afirmaciones.

Vamos ahora á otro testigo: el doctor Ruatta, profesor de higiene y de materia médica en la Universidad de Perugia.

El título me contenta; un título de profesor en Italia, aunque sea de una pequeña Facultad, es un título respetable; sin embargo, desconfío un poco de este señor Ruatta, porque es profesor de higiene y de materia médica, dos cosas tan diferentes: un profesor en dos cátedras al mismo tiempo, es una cosa singular y sobre todo en Europa una extraordinaria anomalía. O debe ser una Facultad de muy poca importancia, ó hay en todo esto algún error grave que no comprendo. Será tal vez profesor libre y no profesor oficial: no lo sé.

De cualquier modo, me contento y acepto sus títulos.

Por este lado el testimonio no sería recusable; pero el contenido de las declaraciones, eso ya es otra cosa. Por lo pronto, estoy prevenido contra el señor Ruatta; yo desconfío de cuanto dice este señor Ruatta, y desconfío por las razones que van á oírse.

En la primera página del libro de Wallace hay una estadística comunicada por el doctor Ruatta, y que establece lo siguiente: de 1901 á 1904-5, no sé, no estoy seguro, en tres ó cuatro años, ha muerto en Italia de viruela un cierto número de hombres y de mujeres. Pues bien: el número de hombres es dos ó tres veces mayor que el de las mujeres.

Como todos los hombres están vacunados porque pasan por el ejército, y en el ejército se vacuna y se revacuna á todo el mundo, resulta entonces que los seres más seguramente protegidos por la vacuna son los que toman en mayor número la viruela.

El argumento parece importante contra la vacuna. Pero es el caso que yo he revisado las estadísticas italianas de otras épocas, y en ningún año se nota más esa extraña coincidencia; he revisado las estadísticas de Alemania, y las estadísticas de Francia, y las de Suecia, y en ningún caso hay semejante diferencia entre los hombres y las mujeres; y se trata en todos esos países de pueblos que tienen el servicio obligatorio y que vacunan religiosamente á todos sus soldados.

Y entonces, me he preguntado: ¿por qué el señor Ruatta presenta esta estadística, él, que es un profesor de higiene y debe conocer lo que pasa en Italia en todas las épocas y lo que pasa en los demás países del mundo?

¿Por qué presenta este documento que parece demostrar que la vacuna es ineficaz, si él sabe que ese documento es un documento parcial, sin fuerza ninguna demostrativa? ¿Por qué lo presenta? Indudablemente por lo que presentan los antivacunistas casi todas sus estadísticas y casi todos sus argumentos: para engañar á las gentes incompetentes. Ellos no quieren ciertamente convencer á los médicos, á las gentes ilustradas, porque saben que éstas no creen fácilmente cuanto se les dice, y van á las fuentes á verificar la exactitud de los datos.

Entonces, naturalmente, si este hombre sabe lo que pasa en otros países, si ese hombre sabe que ese documento es un documento parcial, sin valor ninguno absolutamente, porque es un caso de esas coincidencias milagrosas de que yo hablaba el otro día, ¿por qué lo presenta? La buena fe es por lo menos discutible.

Ahora vamos á los documentos que nos presenta el doctor Paullier.

Primer documento: en el ejército italiano han enfermado, no sé en cuántos años—ahí puede verse en la versión taquigráfica,—3.098 individuos. Ahora bien, dice Ruatta: «En el ejército italiano se vacuna y revacuna á todos los reclutas. Por consiguiente, esos 3.098 individuos han sido vacunados en un plazo que nunca sube de tres años, y que en muchos casos será de seis meses ó de menos.»

Naturalmente, este es un golpe mortal contra la vacuna. Si hay 3.098 individuos que toman la viruela después de un año de vacunados, ó de dos ó de tres, todo cuanto sabemos falla en su base, y tiene razón el señor Ruatta en sus afirmaciones.

Antes de seguir adelante, voy á permitirme leer, porque es un documento de estadística que viene del ejército italiano, de una autoridad absoluta: es uno de sus médicos distinguidos que ha puesto á contribución todos los datos que existen en Italia sobre este asunto.

Voy á leerlo con permiso de la Cámara, con los pequeños comentarios que yo hice al recoger los cuadros. El doctor Rodolfo Levi, médico militar, ha publicado en la Revista de Higiene de 1907 una estadística del ejército italiano, extraordinariamente importante, y una de las más precisas, de las más rigurosas, de las más demostrativas que se conocen. Gira sobre muchos cientos de miles de hombres de la misma edad aproximadamente, de una resistencia muy satisfactoria, sometidos á las mismas condiciones higiénicas y todos observados y clasificados con un rigor absolutamente militar.

Yo no voy á seguir al doctor Levi en su interesantísimo desarrollo, que sería difícil de presentar aquí. Voy á dar el resumen de una labor inmensa en pocas líneas, ó mejor, en un solo cuadro. Aquí tengo piedad de la Cámara; pero, en fin, si pueden seguirme, voy á leer con la mayor lentitud:

	Mortalidad por 10,000 Viruela 1882 á 1897	Mortalidad por 10,000 1882 á 1897
Nunca vacunados ni variolizados en la infancia ni vacunados en los cuerpos .	200.0	55.80
Vacunados ó variolizados en la infancia, no vacunados en los cuerpos.	42.0	3.59
Nunca vacunados ni variolizados en la infancia—vacunados en los cuerpos:		
Sin éxito	11.3	0.57
Con éxito	9.3	0.42
Vacunados ó variolizados en la infancia—vacunados en los cuerpos:		
Sin éxito	4.3	0.10
Con éxito	3.2	0.07

«Este cuadro demuestra de una manera brutal la eficacia de la vacunación.

«En efecto: sobre 10.000 soldados nunca vacunados ni variolizados en la infancia, enferman 290 y mueren 55 con 80.»

Ruego á la Cámara que me siga en este desenvolvimiento, que es muy interesante.

«Sobre 10.000 soldados vacunados en los cuerpos, pero nunca variolizados ni vacunados antes, enferman, sobre los vacunados sin éxito 11.3; sobre los vacunados con éxito 9.3; y mueren, 0.57 y 0.42, respectivamente.»

Cifras: 55 con 80 de mortalidad para los no vacunados, 0.42 y 0.57 para los vacunados.

«Sobre 10.000 vacunados ó variolizados antes, vacunados en los cuerpos, enferman, de los con éxito, 4.3; de los sin éxito 3.2; y mueren, de los sin éxito, 0.10 de los con éxito, 0.7.

«En resumen, de los no vacunados ni en la infancia ni en los cuerpos, enferman 290, y mueren 55 con 80 por 10.000

«De los vacunados en la infancia y en los cuerpos con éxito, enferman 3.2, y mueren 0.7. De 290 á 3.2; de 55 con 80, á 0.7. La cifra es cien veces menor en los vacunados que en los no vacunados, para la enfermedad, y ochenta á noventa veces menor para la mortalidad.

«Y esta diferencia es sólo atribuible á la vacuna, porque todas las demás condiciones son absolutamente iguales: la resistencia personal media, el medio higiénico, la edad, etc. No hay más que la vacuna que separe á los que mueren por la viruela y á los que la resisten victoriosamente, y como la estadística gira sobre un gran número de años, unos veinte; como el número de individuos comprende efectivos que se elevan á uno ó dos millones de hombres, la demostración es absolutamente irrefragable, aplastadora, y están justificadas las conclusiones del autor, que son las siguientes: 1.º Que la viruela ataca en una proporción enormemente mayor á los individuos no vacunados que á los vacunados; 2.º Que cuando ataca, por excepción, á individuos vacunados, presenta una gravedad infinitamente menor. No sabríamos, por consiguiente, concebir en qué pruebas podría apoyarse una oposición seria y científica á la vacunación.

Bueno: todo esto prueba ya, brutalmente, que las conclusiones de Ruatta deben ser falsas; pero no solamente falsas: voy á probar que son de mala fe.

Tres mil noventa y ocho individuos que enferman ó mueren al año, á los dos ó á los tres años de vacunados, quiere decir que, según él, todos son vacunados al entrar á los cuerpos!

Pues bien: por diferentes circunstancias nos demuestra terminantemente Levi que hay un gran número que no está vacunado, puesto que aquí vemos enfermarse á 290 sobre cada 10.000; y después, otra cosa, que aquí está señalada: que ciertos individuos son vacunados sin éxito. ¿Por qué? Porque tienen una vacuna anterior que los inmuniza todavía.

Quiere decir que hay un gran número de individuos en el ejér-

cito italiano que, ó no están vacunados, ó tienen una vacuna que remonta, á veces, á muchos años atrás.

Por consiguiente, los 3.098 casos no se refieren á individuos vacunados desde menos de tres años, sino que se refieren probablemente, seguramente, á todos los que no han sido vacunados al entrar ó que han sido vacunados sin éxito: esto lo prueba acabadamente el cuadro de Levi; pues se ve por él que enferman y mueren sobre todo los no vacunados ó los vacunados sin éxito y que gozan solamente de una inmunidad ya muy debilitada, como que es conferida por una vacuna ya demasiado antigua.

Ahora bien: yo pregunto: Ruatta, profesor italiano, ¿puede ignorar estas cosas? ¿Puede ignorar que un gran número de los reclutas no están vacunados, que un gran número se vacuna sin éxito, porque se han vacunado anteriormente?

Y entonces, ¿por qué dice que hay 3.098 enfermos de viruela sobre un ejército completamente vacunado, desde un tiempo menor de tres años?...

Yo no comprendo esto, si es de buena fe. Para comprender sería preciso suponer en un profesor de higiene una ignorancia ó una estulticia imposible.

Ruatta no puede ignorar las cifras elocuentes, brutales, que he leído, y que son conocidas por todo el mundo.

Por consiguiente, su buena fe es sospechosa.

Ahora, vamos á otras cifras.

«En esta ciudad hubo en 1902 setenta y cinco casos de viruela» (creo que es un error; deben ser sesenta y cinco); «uno solo no estaba vacunado».

En estos sesenta y cinco había 5 niños. Murieron 12 sobre los 65, mortalidad sin duda muy grande para vacunados; cosa que presenta Ruatta como un argumento contra la eficacia de la vacuna. Este documento prueba precisamente lo contrario. Se sabe que la viruela ataca sobre todo á los niños. Ahora bien: en estos 65 casos hay sólo cinco niños y la proporción natural debía ser la inversa.

¿Qué, es, pues, lo que protege aquí á los niños? Evidentemente una vacuna reciente. ¿Qué es lo que protege tal mal á los adultos? Claramente también una vacuna demasiado antigua. En cuanto á la mortalidad muy grande en vacunados, tampoco prueba nada, porque los vacunados muy antiguos tampoco están suficientemente protegidos. Pero sobre todo, este documento, á suponer que sea exacto, falla por la base. Era, en efecto, preciso que nos dijera cómo se constató la realidad de la vacunación y por quién. Es posible que muchos de esos sean vacunados ineficazmente y estén, por consiguiente, sin protección real. Como Ruatta no

dice nada de esto, nada puede concluirse en ningún sentido de este documento. Pero aunque los datos fueran reales, nada probarían, por que las estadísticas son demasiado pequeñas y son conocidas las series milagrosas en materia de vacuna. Si esta estadística demuestra algo en contra de la vacuna, no tendríamos más que ponerla en frente de la estadística de Levi que prueba absolutamente lo contrario y es mil veces más demostrativa por que gira sobre 20 años y sobre millones de hombres; no tendríamos más que ponerla en frente de las estupendas estadísticas de Shephield que figuran en mi informe y que son absolutamente aplastadoras, absolutamente decisivas, y que nadie se ha atrevido á tocar hasta ahora. Wallace mismo, que á tanto se atreve á menudo, ha pasado sobre ellas como sobre ascuas.

Es curiosa esta pretensión de los antivacunistas de hacer pasar sus miserables series enteramente accidentales y la mayor parte de las veces imaginarias, y prescindir de las cifras más colosales que se conocen y las recogidas con más honradez y en condiciones más absolutamente insospechables.

Otras cifras.

«En 1902, dice Ruatta, se presentaron en la ciudad de Bolonia dos casos de viruela; inmediatamente se aislaron en el lazareto, donde se vacunaron las nueve personas que debían estar en contacto con los variolosos, con éxito en todos los casos. Pero de estas nueve personas, cinco contrajeron la viruela y una falleció».

Por consiguiente, hay dos enfermos en Bolonia. Llevan á esos dos enfermos á un lazareto, y vacunan á las nueve personas que debían cuidarlos: pero de estas nueve personas, cinco enfermaron y una murió.

Parece, naturalmente, que esto sea una demostración palmaria de la ineficacia de la vacuna.

Pues bien: este documento no demuestra nada, sino que Ruatta no escribe para hombres de ciencia, que escribe para diletantes, para antivacunistas legos que tragan todas las enormidades que quiere servirles.

Voy á probarlo de una manera decisiva y terminante.

En primer lugar, sospecho—y tengo para ello buenas razones—que estos individuos que fueron á cuidar al lazareto á los variolosos, eran en parte, al menos, los mismos que estaban en la casa de éstos.

La primer prueba es que no ha habido al parecer en esa época más casos de viruela en Bolonia.

Entonces, las personas que rodeaban á los variolosos en sus casas, ó estaban protegidas por la vacuna, cosa que rechazarán los antivacunistas, ó debieron tener la viruela, porque una enfer-

medad de una agresividad tan extraordinaria como la viruela, no respeta á nadie que se ponga á su alcance sin estar protegido. Pero la viruela no la tuvieron, puesto que, como he dicho, no hubo más casos en Bolonia por esa época. Entonces parece que debieron ir al lazareto.

Esta sospecha se confirmaría porque hay un individuo que enfermó de viruela al octavo día de estar en contacto con los varicelosos.

Ahora bien: la viruela tiene una incubación de catorce días, generalmente. Quiere decir que ya estaba enfermo antes de entrar en el lazareto.

Entonces, pues, ¿dónde tomó la enfermedad cuando en Bolonia no había viruela?...

Probablemente en la misma casa del enfermo.

Pero en fin: esto yo no lo sé, porque no tengo el documento original; si lo tuviera, probablemente podría leer cosas muy curiosas.

Pero la demostración de que el documento no sirve, es ésta: primero, que se vacunan diez personas, y de las diez, muere una sola.

Quiere decir que de las diez, nueve están protegidas por la vacuna; cinco protegidas para la enfermedad, cuatro protegidas para la muerte.

Una sobre diez, no es que digamos un desastre! La protección de la vacuna resulta demostrada por este solo hecho.

Pero hay más: de los cinco individuos enfermos, Ruatta dice de cuatro de ellos cuándo ocurrió la enfermedad. Sobre el otro, guarda un «singular silencio». Yo no sé por qué: él tendrá sus razones.

Uno, dice, enfermó á los ocho días de ser vacunado y de estar en contacto con los varicelosos.

Pero la vacuna no protege bien completamente, sino desde el undécimo día.

Quiere decir que ese enfermo no estaba todavía protegido por la vacuna cuando recibió su viruela. ¿Por qué? Porque la viruela tiene catorce días de incubación: por consiguiente, recibió la viruela seis días antes de ser vacunado, es decir, que lo vinieron á vacunar cuando ya tenía la viruela en las entrañas.

Muy bien: otros dos casos tienen la viruela á los catorce días de la vacunación. La viruela tiene catorce días de incubación; luego, recibió el mismo día la viruela y la vacuna. Sea este día el 1.º de enero.

Ahora bien: como la vacuna no protege sino desde el undécimo día, resulta que sólo lo protege desde el 11 de enero. Pero el enfer-

mo había recibido la viruela el 1.º, es decir, once días antes de que la vacuna lo protegiera. En nada deponen semejantes casos contra la vacuna. ¿O quieren que la vacuna viole sus leyes naturales para complacer á los antivacunistas?

Otro de los casos sobreviene á los veintitrés días de la vacunación. Este caso tampoco es favorable á los antivacunistas. En efecto: supongamos todavía que el enfermo hubiera sido vacunado el 1.º de enero. El 11 de enero el sujeto estaría protegido por la vacuna. A los veintitrés días aparece la viruela; pero esta enfermedad entró realmente en el organismo el 9 de enero (14 días de incubación). Ahora bien: como hemos dicho, la vacuna no daba protección á este sujeto sino desde el 11 de enero, por consiguiente, dos días después de aquél (el 9) en que el enfermo recibió la viruela en incubación. ¿Cómo se quiere, pues, que la vacuna proteja á este enfermo si lo han vacunado después que tenía la viruela en la sangre? Nadie ha pretendido jamás que la vacuna proteja á los no vacunados.

¿Es esto lo que pretende Ruatta? Lo parece, á guzgar por la importancia desmesurada que acuerda á hechos que, como se ve, no tienen ninguna importancia.

Se ve, pues, en qué quedan los famosísimos casos de Bolonia con que los antivacunistas han hecho tan formidable ruido. Para pretender probar algo contra la vacuna con esos casos, se precisa una ignorancia inconmensurable y el más completo desconocimiento de las leyes de la vacuna. Que el señor Paullier, que no sabe absolutamente nada de estas cuestiones, presente tales casos, y aunque los discuta con los médicos, se comprende y se excusa. Pero que las presente el señor Ruatta, que conoce tan bien como yo cuál es la incubación de la vacuna y cuál es la incubación de la viruela, así como el momento desde el cual protege la vacuna, eso no lo comprendo. Estos casos demuestran una sola cosa: la falta de buena fe del señor Ruatta. Y si no, ¿por qué los cita? No será ciertamente para convencer ó engañar á los hombres de ciencia.

¿Para el uso especial de los antivacunistas legos, que admirados, reverentes y reconocidos los propagarán por el mundo cubriéndolos de flores y dando á su autor una notoriedad que no se ha ganado por trabajos más serios? Yo no sé nada; pero lamento que la incompetencia absoluta del señor Paullier traiga á este recinto con la más completa buena fe documentos de esta clase.

Ahora vienen los ingleses.

Un inglés y un americano.

¿Qué dice el inglés? ¿Cuáles son sus palabras? No dice nada.— Hace una afirmación autoritaria, una afirmación brutal, sin

prueba de ninguna clase y nada más. Que la vacuna no sirve para nada; que la vacuna es un crimen—una superstición imbécil, es el estribillo de siempre que han aprendido de Wallace.

Pero, ¿le vamos á creer, bajo su palabra, á ese señor? Es preciso que nos diera una prueba, que nos dijera por qué la vacuna no sirve. En este caso comenzaríamos, puede ser, á tomarlo en serio; pero creo que ni así, porque es uno de los tantos médicos ingleses sin ningún título y sin ningún valor. Como éste hay centenares de antivacunistas en Inglaterra. Lo he dicho en mi discurso anterior y lo repito ahora; como éste podríamos encontrar toda una legión; pero éstos son hombres absolutamente insignificantes.

Dicen que han hecho muchas obras, pero esas obras son desconocidas por todo el mundo. Ni el nombre de su autor ni sus títulos figuran en ninguna parte. Y el nombre y los libros de todo hombre que ha hecho algo sano, se hallan citados en todas las obras y en todas las bibliografías.

Yo no sé por qué el doctor Paullier no nos cite una de las grandes figuras inglesas, y va á buscar esos infelices que nada representan, que nada significan y, al fin, que nada valen.

Señor Paullier—Me habla propuesto no interrumpir al señor diputado; pero él me pregunta por qué no le cito ningún nombre de valer científico.

Hasta ahora el señor miembro informante no ha hablado de Crookshank, en quien él mismo ha reconocido que valía científicamente. Pues ese hombre de ciencia llega á la conclusión que yo he citado...

Señor Soca—El señor diputado no trajo aquí esa conclusión. Si a hubiera traído, le hubiera discutido también á Crookshank. Le hubiera indicado que vale menos de lo que el señor diputado piensa; que no tiene autoridad ninguna ni en Inglaterra ni en ninguna parte del mundo. Está equivocado, no tiene autoridad ninguna.

Pero en fin, el señor diputado no me trae el testimonio, y no me creo obligado á discutirlo.

Señor Paullier—Señor doctor Soca: He citado aquí en la primera sesión la opinión expresada, que se encuentra en las últimas páginas del primer tomo del libro escrito por el doctor Crookshank, titulado «Historia y Patología de la Vacunación», obra que, dicho sea de paso, es el resultado de 23 años de estudios, y comprende dos enormes volúmenes.

Señor Soca—Yo conozco perfectamente todo el volumen; pero no puedo discutir sino los testimonios que el señor diputado traiga aquí expresamente á la Cámara; también discutiremos á Crooks-

¿Y si el señor diputado quiere presentarlo y le probaré el valor exacto de su obra y la exacta autoridad que tiene en Inglaterra y en Europa.

Tiene una autoridad tan grande, que en 1891 estuvo discutiendo la Academia Francesa por espacio de cuatro meses la vacuna obligatoria.

El libro de Crookshank es de 1889 y nadie lo citó; no lo conocían absolutamente; nadie sabía nada de Crookshank, y si lo conocían no le hacían absolutamente el honor de mentarlo.

Señor Paullier—Eso no prueba nada.

Señor Soca—Y no me diga, señor diputado, que es por orgullo de clase; de ninguna manera: los hombres notables, los que valen realmente, fuerzan todas las puertas, violan todos los conciliábulos, se imponen siempre y sin réplica.

Señor Paullier—Quiere decir que esas obras vacunistas, de médico y profesor en Londres, no valen absolutamente nada!

Señor Soca—De los vacunistas, de los antivacunistas y de todo el mundo: todos los que valen se imponen absolutamente; ahí no hay clase, ni castas, ni sectas; esta es la ley eterna de la Medicina, de la ciencia.

Bueno: el señor diputado me ha hecho perder el hilo de mi discurso.

Señor Paullier—No lo hubiera interrumpido si no me hubiera interpelado.

Señor Soca—Ahora vienen los ingleses.

Señor Manini Ríos—Se puede levantar la sesión, porque apenas faltan unos minutos para sonar la hora.

Señor Soca—Permítame, voy á ejecutar á los ingleses; y creo que tres minutos me bastan.

De manera que los títulos que cita el señor diputado no valen nada, no representan nada, no significan nada, ni aún en Inglaterra. Quiero que se me cite un hombre eminente, un hombre de primer order, un Lyster, un Horsby, un Ferrier, un Mackenzie, uno de esos sabios de estirpe superior que abundan en Inglaterra, pero no lo citará ciertamente, porque todos son adversarios.

Señor Paullier—Esa misma argumentación, esos mismos argumentos, se le hicieron á Galileo cuando sostenía que la Tierra se movía.—(Hilaridad).

Señor Soca—¡Pero, señor, el siglo XIX no es el siglo XV!

El siglo XV es el siglo de la opresión, es el siglo del oscurantismo, el siglo en que las conciencias estaban supeditadas á las tiranías religiosas, y el siglo XIX es el siglo de la libertad, el siglo en que todas las ideas pueden abrirse paso, el siglo en que todo el mundo puede imponerse, si tiene ideas, si tiene fuerzas,

si tiene energía, si tiene entereza viril. Sólo las ideas ruines y falsas y los hombres pusilánimes quedan en la sombra. Las ideas grandes y justas fuerzan todos los cerebros, llegan á todos los corazones y rompen todas las vallas.—(Aplausos en la barra).

Si Galileo apareciera ahora, todos nos levantaríamos para saludarlo.—(Aplausos).

Señor Paullier—En el siglo XIX, señor miembro informante, se negaron infinidad de cosas...

Señor Soca—Lo que se niega un día en este siglo, se admite al día siguiente, porque los médicos se entregan, apenas se les demuestra la verdad, porque son hijos de la verdad, porque ante la verdad se inclinan.

Señor Paullier—... En el siglo XIX se ha negado el vapor, se han negado los ferrocarriles, los meteoritos...

Señor Soca—Todo se ha negado, pero el siglo XIX hace justicia á sus grandes hombres, y esa justicia nunca tarda siquiera lustros en un siglo que marcha á saltos formidables.

(Suenan la hora reglamentaria).

Señor Presidente—Habiendo sonado la hora reglamentaria, queda terminado el acto y con la palabra el doctor Soca.

(Se levanta la sesión en medio de aplausos en la Cámara y en la barra).

(Continuará).

Tuberculinas

Ordenanza número 140 del Consejo Nacional de Higiene

El Consejo Nacional de Higiene, en uso de sus atribuciones y debidamente autorizado, resuelve:

Artículo 1.º Prohíbese en toda la República la introducción, venta, preparación y aplicación de los productos denominados «Tuberculinas», sin la previa autorización del Consejo Nacional de Higiene.

Art. 2.º Los médicos con título inscripto en el Consejo Nacional de Higiene, quedan eximidos de la obligación de solicitar la autorización á que se refiere el artículo anterior para la aplicación humana de los expresados productos.

Art. 3.º Encomiéndase al Instituto de Higiene Experimental la preparación de la Tuberculina de Koch, cuya distribución y expendio efectuará de conformidad con lo establecido en los artículos subsiguientes.